

## FACTOR CAPITAL DE LA «GUERRA FRÍA»

Nuevamente, de un tiempo a esta parte, se repiten los actos de hostilidad contra España. Manifiestos del grupo de exiliados—ya en senil delicuescencia los más—, con ecos internos en círculos de conspiradores a quienes la vanidad y el fracaso impulsan y mueven. Mítines y motines callejeros, capitaneados siempre por gamberros sin afeitar y «tierras» empachadas por la grasa que les invade el corazón desasistido de amor y la mente vacía de esperanza. Ataques materiales a éste o a aquél de nuestros Consulados y Embajadas, como queriendo recordar que los hijos de los asesinos de 1936 continúan su vocación de verdugos. Las «Brigadas internacionales» no se han disuelto todavía: mueren unos y los heredan otros. Y la Prensa de izquierdas a una, con la cobarde complicidad y aún la ayuda de algunos periódicos conservadores, resalta en son de trágala «antifranquista» tales desmanes, los exagera de tamaño, les confiere valor de autenticidad de un supuesto Movimiento de oposición que, según esos voceros, crece abrumadoramente y sólo la tiranía lo mantiene a raya.

¿Qué significa toda esa alharaca? ¿Qué representan, uno por uno y todos juntos, esos actos de ofensiva? No vamos a caer en la miope observación de ver solamente en tal fenómeno un brote casual de la epidemia antiespañola que las llamadas izquierdas internacionales padecen desde siempre. El fenómeno responde a un proceso de inoculación sistemática. Está planeado, tiene sus jefes, maniobra con sus agentes, persigue sus fines. A los poderes secretos que inspiran la conjura antiespañola no se les oculta la evidencia de que España, pese a todos los estorbos y recelos, va a más en todos los órdenes. Va a más en lo económico, pues hemos superado la agobiante insuficiencia de divisas que sufría nuestra balanza de pagos. Va a más en lo político, pues nuestra relación diplomática con el mundo ha llegado, si no a su plenitud, al menos a una correcta normalidad, que día a día gana matices amistosos de comprensión y de estima mítica. Va a más

en lo cultural, con el paulatino pero incesante ascenso de nuestro pueblo a niveles europeos de capacidad científica y técnica. Y va a más nuestro pueblo en la conciencia de sí mismo y en la convicción de que en su trabajo está su libertad, y no en vanas apelaciones a gratuitas ayudas exteriores.

Por otra parte, la integración estratégica de España a la defensa conjunta y solidaria de Occidente es una realidad incontestable. Una realidad que se abre paso por ella misma, aún en contra de quienes orquestan desde la sombra el agrio «chin-chin» de la llamada «España en el destierro». Y de ahí que los intereses ideológicos y materiales, cuya única razón de actualizable vigencia está condicionada por un régimen laico-socialista en España, vuelvan desesperadamente a la carga, en un intento de reunir las fuerzas que le quedan para tratar de dar el «último asalto». Pensemos que los capostotes del «exilio» están ya viejos o se acercan a la edad de la arterioesclerosis. Esa edad en que se suelen cometer las mismas tonterías que de adolescentes. Quizá por ese motivo vemos coaligados en la campaña actual a jovenzuelos que sienten alergia por el estudio y a enclenques valetudinarios que pasean su nostalgia del Poder, aquí perdido, por las redacciones y radioemisoras euroamericanas, en que el fanatismo de la izquierda se halla atrincherado.

Pero el mundo «libre», mejor dicho, los dirigentes de ese mundo, todavía padecen del estrabismo que les inclina a ver primero lo que aparece a la izquierda de su campo de observación. ¿Cuándo van a corregir su defecto óptico? Porque no cabe duda de que todos los pueblos de Occidente estamos amenazados de invasión precisamente por las posiciones que ocupa la izquierda, que se califica a sí misma de liberal o socialdemócrata. Aquellas sociedades de «Amigos de Rusia» abrieron, allá por el año 1930, el portillo al caballo de Troya de los Frentes Populares, que por poco le permitieron al comunismo ruso apoderarse de Europa sin disparar un cañonazo. Precisamente el resultado de la guerra civil española—que en su entraña fué la abreviatura y germen de la «guerra fría» que ahora estamos librando—desbarató los cálculos de Moscú, tan estúpidamente servidos o tan traidoramente, por los sanhedrines de la socialdemocracia y de la izquierda liberal. ¿Cómo no juzgar de sospechosa la dócil secuacidad con que las izquierdas demoliberales se hacen eco de todas las ofensivas antiespañolas que Moscú desencadena?

Los asaltos que nuevamente se perpetran, ahora a mano armada, contra nuestros Consulados, no significan otra cosa que ataques al propio país que los tolera o los disimula, como si se tratase de cuestiones «internas» de unos

españoles contra otros. Nada de eso; se trata de ataques de prueba contra la muralla del mundo libre. No son agresiones solamente contra España; son agresiones también y, principalmente, contra la unidad defensiva del mundo occidental. Y grave error cometerían los responsables de la política y la estrategia del mundo libre si en tales atentados y ataques no viesen el largo alcance que con ellos pretende el animador de la actual «guerra fría». Ya es sintomático que de los autores del ataque contra nuestro Consulado en Ginebra ninguno fuera español. Eran suizos y franceses. ¿Y tales sujetos han de ser los que representan al «pueblo español aherrojado»? ¿Con qué derecho? ¿Qué diría el pueblo suizo si un grupo de españoles y portugueses agrediese con bombas su Consulado en Madrid, a pretexto de exigir la libertad de los presos en las cárceles de Suiza o exigir la sustitución del actual régimen helvético por otro? ¿Y qué dirían en general los distintos Estados occidentales si periódicamente, con sincronización bien regulada, los españoles nos dedicáramos a formar piquetes de protesta o manifestaciones ante sus Embajadas y Consulados en nuestro país para pedir la libertad de tal o cual detenido o la amnistía de tal o cual condenado a muerte? Pues ésa es la molesta situación que España viene aguantando desde hace más de veinte años. ¿Hasta cuándo? ¿Quién, a fin de cuentas, sale más perjudicado de esa situación anómala? ¿No ven que así obligan a España a sostenerse en una actitud de recelo y rigidez como de plaza sitiada? ¿Quieren de nosotros una mayor sintonía política y económica? Pues no colaboren en campañas—o no las permitan—o prohiban las que de suyo imponen a los españoles la necesidad de vivir en actitud tensa y alerta. Porque lo cierto es que nos hacen sentirnos acosados, amenazados, víctimas de una conjura que como la hidra rebrota cada mes con una nueva cabeza. Y eso no le conviene a la democracia verdadera, a la democracia inteligente, que sabe distinguir las voces de los ecos. Eso sólo es negocio para los empresarios de la «guerra fría», que quieren con sus maniobras confusionarias ir minando las reservas morales y la cohesión del mundo occidental. Mírese por donde se mire, la conjura antiespañola en sus diversos modos es un factor capital de la «guerra fría».

